

LAS BARRAS DE FÚTBOL: PRÁCTICAS COMUNICATIVAS, IDENTIDAD Y CULTURA DE LOS COMANDOS AZULES Y LA GUARDIA ALBIRROJA

FOLLOWING THE FANS: COMUNICATIVE PRACTICES, CULTURE AND IDENTITY OF COMANDOS AZULES AND GUARDIA ALBIRROJA

William Ricardo Zambrano Ayala ¹
María Concepción Salazar ²

RESUMEN

En el espectáculo del fútbol encontramos un fenómeno de masas que ha creado gran controversia y malestar en la sociedad actual debido al apasionamiento de las barras bravas que desfogan todas sus tensiones, sus sentimientos, sus frustraciones, sus alegrías, sus tristezas y sus insatisfacciones en las graderías del estadio y alrededores. Las transformaciones progresivas de estos grupos juveniles que expresan todo un ritual en los ámbitos deportivos y en la vida cotidiana, han contribuido para que el interés de este estudio se centre en ellos. Los planteamientos resaltan la necesidad de explorar el fenómeno cultural y comunicativo de las barras bravas, su nexo e interacción entre los diversos grupos de fanáticos, sus formas de vida, sus espacios e identidades, su simbología y su expresión, con el fin de proporcionar claves interpretativas útiles, para una adecuada comprensión de los problemas planteados que hasta el momento han sido ajenos a los investigadores. No se ha estudiado la complejidad y la diversidad de estos jóvenes integrantes de las barras lo cual los ha

llevado a crear espacios propios y generado simbologías según su praxis que expresan antes, durante y después de cada partido de fútbol. Este estudio pretende establecer las condiciones sociales de identidad, de género y de territorio de los barristas.

Palabras clave: barras, ritual, territorio, reglas, argot, parches.

SUMMARY

The soccer show a mass phenomenon, which has created a great controversy and discomfort in the actual society, due to the passion of the colombian hooligans who vent their pressures, feelings, disappointments, happiness, sadness and insatisfactions in the stadium gradients and surroundings. The progressive transformations of these juvenile groups, expressing a ritual within the sportive boundaries and in the daily life, have contributed that researchers focus their attention on them. The statements oversight the necessity to explore the cultural and communicative phenomenon of the troublesome fans, their neux and interactions between several groups, their way of living, their spaces and identities, symbolism and expression, so that useful interpretative clues can be provided for a adequate understanding of the established problems that have been ignored by researchers until this moment. The

¹ Magíster en Comunicación y Especialista en audiovisuales. Docente de Planta de la Carrera de Ingeniería Comercial de la U.D.C.A. Dirección para correspondencia: U.D.C.A. Calle 222 No. 54-37, Bogotá.

² Economista y bibliotecóloga. Docente investigadora. Docente de Planta de la Carrera Ingeniería Comercial de la U.D.C.A.

complexity and diversity of these young members of troublesome fans has not been researched yet. We consider that they have created their own spaces and symbolism's according to their praxis and they express them before, during, and after each soccer game. This research pretends to establish the social conditions of identity, gender and territory of the hooligans, to understand the scheme and general composition and organization of each group, their scheme and general composition and organization.

Key words: Fans, ritual, territory, rules, argon, plaster.

INTRODUCCIÓN

Las barras bravas son grupos de aficionados quienes apoyan en todo momento al equipo, saltando y cantando detrás de las porterías. Su participación en el fútbol está ligada al juego en su sentido integral, son parte de él culturalmente, siguen su trayectoria con especial fanatismo, no dudan en sacrificarse por los colores de su club, están comprometidos con su equipo, con sus directivos y sus jugadores, con sus creencias. Llevando consigo amuletos, agüeros o presagios, con su filosofía de vida y su comportamiento, hacen apropiación simbólica del estadio y defienden la ciudad donde su oncenno es local. Conciben el partido como un ritual en el que desempeñan un papel activo, hablan constantemente de su conjunto y de lo que ocurre con él, se dotan de emblemas y símbolos que llevan o adhieren a su cuerpo con pintura y tatuajes. El sufrimiento y el compromiso no desaparecen luego de terminado el juego, hacen seguimiento permanente de las noticias en los medios de comunicación, se identifican con su divisa en cuerpo y alma, acuden siempre al estadio e incluso siguen a su conjunto en sus desplazamientos a otras ciudades.

En esta primera parte del estudio, se abordan dimensiones específicas de la conformación y la vida de las barras bravas, territorios y reglas; testimonios y vivencias de los barristas, sus expresiones en la tribuna, su producción cultural y la construcción de sus formas de comunicación antes y durante los partidos.

Se buscará la respuesta a las siguientes preguntas ¿Cuál es la conformación y organización de La Guardia Albirroja y Los Comandos Azules?, ¿cuáles son sus espacios urbanos?, ¿cuál es el uso del estadio? y ¿cuáles son sus

formas de expresión, vivencias y lugares de sociabilidad?

En los estudios realizados de este fenómeno cultural y comunicativo en el fútbol encontramos que Wahl (1999), trata muy someramente el comportamiento de las barras bravas. Analiza la participación de los jóvenes en la época antigua. El autor hace referencia a lo irracional de los "Comandos Azules", "Guardia Rojos" y "Barones Rojos", pero descuida en su análisis a los jóvenes que viven este fenómeno de masas, mientras que Niño (1998), realiza una recopilación de relatos de jóvenes que giran alrededor del fútbol y que desean conocer las grandes figuras del pasado y del presente. En consecuencia para el barrista lo importante son sus ídolos. Los anteriores autores superficialmente presentan el tema relacionado con los aficionados al fútbol en Bogotá y concluyen que el hincha es influenciado por varios factores como la campaña del equipo, el arbitraje, el bajo nivel de los jugadores y por los mensajes emitidos por los medios de comunicación.

También Vinnai (1998), sostiene que uno de los efectos principales del deporte es el de transformar a los espectadores y a los consumidores del espectáculo deportivo. El fútbol no es visto por este autor como algo negativo, lo resalta como la maximación del placer y el relajamiento de las tensiones al nivel individual y social. Los mencionados investigadores coinciden en que el fanatismo responde como una fuerza pasional, que coloca al individuo en marcha hacia un determinado comportamiento, aunque, para que esta fuerza actúe, es necesario que las experiencias personales y el proceso de aprendizaje de cada aficionado adquieran actitudes como estados que deben permanecer en la vida y que pueden cambiar de acuerdo con la experiencia.

Sabrali (1998) expresa que el fútbol es un espacio de libertad y de creatividad individual y colectiva que posibilita la distorsión de las ilusiones y el efecto sorpresa de las revelaciones inesperadas. Concluye con una teoría del imaginario cultural que incluye las performances públicas por el impacto de los medios de comunicación teniendo como punto de partida el fútbol como campo de análisis, de esa manera tiene una característica importante que revela y no solamente oculta contradicciones no resueltas en la vida social. Mientras que el colombiano Díaz Granados (1998) afirma que el barrista se hace dueño de un espectáculo con elementos culturales que forman parte de la visión que el joven tiene de la realidad. Deduce que el espectáculo en las tribu-

nas muchas veces supera al futbolístico. Estos autores en algunos temas hablan del joven barra brava, como parte del espectáculo, "es incondicional hincha de la tribu más que de su propio equipo, muchas tensiones estallan por su euforia, es el seguidor "bravío".

Los autores referenciados concluyen que el fútbol, como otros deportes, se ha convertido en un juego donde los lenguajes y las emociones hacen parte del poder para persuadir y llevar la gente al estadio. Ya no basta asistir a observar el juego, sino que se debe hacer parte de un grupo. El pertenecer a éste influye en el modo de actuar pues su comportamiento no es comparable con el de un simple aficionado. Es vehículo de la construcción de "unos" y de "otros", reafirma identidades colectivas y permite la construcción de otras.

METODOLOGÍA

Este estudio se llevó a cabo mediante acompañamiento, comprendido entre el 11 de febrero y el 25 de noviembre de 2002 en Bogotá, con observación directa y participante de corte etnográfico para obtener la información pertinente. De igual manera se empleó el método etnográfico de campo donde se obtuvo información y procedimientos para la recolección de datos, con el fin de describir la vida social y los hábitos del barrista, mediante la observación y entrevista de profundidad.

Durante los nueve meses de seguimiento en 30 partidos, de los 52 que tuvo el campeonato del año 2002, en los tres posibles resultados: victoria, derrota y empate, se vivió el fútbol con ellos, se conversó y se escucharon sus confidencias, lo que permitió la recopilación documental, para identificar lugares y contextos comunes de cada barra. En el trabajo de campo, se encontró una gran variedad de relatos, de narraciones y de voces que hablaban de riesgos, de vida urbana y de multiplicidad de sentimientos, emociones, reacciones, actitudes y violencia callejera que ampliaron el propósito del estudio.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Génesis de la Guardia Albirroja: "La guardia no muere jamás"

En 1997 nacen Los Saltarines, grupo seguidor de Santa Fe, quienes apoyaban al equipo durante los encuen-

tros saltando sin parar. Eran vistos por el público como personajes pintorescos e indeseables, les gustaba el escándalo, el colorido y la "vareta" (marihuana), señales de una nueva y desconocida manera de ver y vivir el fútbol. Este puede considerarse como el primer antecedente de barra brava en la capital. Luego, su nombre cambió por "Santa Fe de Bogotá", con ubicación en la tribuna oriental del Estadio El Campín. Como consecuencia de la crisis generada en el interior de la barra "Santa Fe de Bogotá", que llevó a su casi desaparición, unos pocos de sus integrantes se unieron y bajo la convicción de la necesidad de seguir apoyando al equipo, decidieron organizarse y crear un nuevo grupo, con nuevas estrategias, mayor número de integrantes y el mismo amor por su equipo.

El 16 de enero de 1998 durante un partido contra el equipo del América, deciden ubicarse detrás de los arcos, imitando a las barras europeas y argentinas: las "Curvas" y los "Populares", respectivamente, así nace oficialmente La Guardia Albirroja, que ya había tomado fuerza en presencia y número (30 integrantes), con una decidida entrega y amor por su divisa, bajo la premisa de independencia como barra.

El nombre de "La Guardia Albirroja (GARS)", la identifica con el colectivo argentino de Racing, "La Guardia Imperial". Las semejanzas existentes entre La Guardia Albirroja y La Guardia Imperial son la ubicación en la tribuna sur del estadio, compartir similares cantos y grafitis, recolectar plata a la entrada del escenario y pintar sus caras de blanco y rojo (colores del equipo), ésto como consecuencia de la gran similitud entre el equipo bogotano y el bonaerense: igual número de estrellas obtenidas (seis), estrato social bajo, luchadores y no cuenta con grandes figuras.

Una vez conformada la barra, se reunieron para estudiar la historia de Santa Fe y diseñar el escudo que los identificara. Estamparon en sus banderas la heráldica como símbolo de hidalguía y valentía e incluyeron al león como la mascota del equipo, con la que buscaban resumir la "Verraquera" de sus hinchas.

La barra se fue fortaleciendo, no hubo control de ingreso y fueron llegando diferentes subgrupos anárquicos con peculiaridades distintas, entre ellos, los rokeros, apasionados al "rock", quienes vestían blue jeans, tenis e indumentaria de grupos musicales. También se inte-

graron "Los universitarios" que vestían con ropa informal y con indumentaria propia que caracterizaba a los jóvenes. Se identificaban por llevar el pelo largo y un marcado rechazo al Estado y a la familia.

A ellos se les sumaron "Los Skinheads", con ideología ultraderechista y alarde de símbolos y emblemas nazis.

La Guardia Albirroja se fue consolidando con diferentes grupos, el número de integrantes paulatinamente aumentó hasta conformar un grupo representativo en el estadio. Luego comenzaron a llegar a la barra más grupos, principalmente de colegios y barrios del sur de la capital. En 1999 tenía más de 800 integrantes con la misma filosofía: apoyar al equipo en todos los partidos de local y visitante, respaldarlo con toda la simbología, las pancartas y las banderas.

Es así como en forma vertiginosa y segura La Guardia Albirroja se convirtió en una de las grandes barras del país, respetada y temida por sus más cercanos rivales y rechazada por algún sector de la sociedad bogotana que ve en estos personajes una amenaza para su seguridad. No están carnetizados ni poseen distintivo numérico.

La Guardia Albirroja tiene sus ídolos en la tribuna como "El Che" Guevara y Luis Carlos Galán que representan para los barristas, ideas nuevas, los ciudadanos integrales, los pensadores económicos y la renovación de las instituciones. Hoy cuenta oficialmente con 1.224 miembros, la mayoría de ellos con edades entre los 12 y 26 años, estructurados en grupos con características propias: constantes cánticos, abucheo a la Fuerza Pública, lanzan objetos al terreno de juego como monedas, rollos de papel y pilas. La mayoría son menores que empiezan a copiar los modos y las maneras de las barras de Argentina. El colectivo es hostil pero no tan violento como su contendora de patio. Llegan en grupos al estadio por el suroriente.

La Guardia Albirroja está constituida por *parches* (nombre de cada grupo minoritario de integrantes que siguen la misma filosofía y principios de una barra brava) que adoptan cada uno un nombre y se rigen bajo los mismos principios e ideologías. Cada grupo delimita su territorio y hace respetar el color de su bandera.

Actualmente, la barra se sostiene con recursos propios, obtenidos de las distintas actividades comerciales que

realiza. La conforma 25 parches con un promedio de 49 integrantes cada uno, correspondientes a los 1.224 de la totalidad, reconocidos oficialmente.

Génesis de los Comandos Azules: "Millos, gracias por existir"

Ante la conformación de La Guardia Albirroja, la respuesta de la hinchada albiazul no se hizo esperar, en 1998 aparece "Los Búfalos", una barra con características similares y cuyo nombre fue en homenaje al desaparecido jugador Juan Gilberto Funes, apodado el "Búfalo de San Luis". Con el tiempo el movimiento tomó fuerza y la gente se fue uniendo a este colectivo en la tribuna Oriental General del Estadio El Campín.

Cuando sus fundadores quienes tenían todas las ilusiones de conformar una verdadera barra, vieron cómo habían crecido en número de asistentes, decidieron trasladarse a una gradería con mayor capacidad de aficionados, fue así que se apoderaron del Lateral Norte desplazando la barra de los "Cardenales" de Santa Fe. Una vez allí adoptaron en principio el nombre de Blue Rain. Posteriormente, se integró el grupo Dragón Azul. Meses después en un clásico toman el nombre de Los Comandos Azules C.A.#13.

Siempre bajo la influencia del modelo de la barra argentina, "La 12" de Boca Juniors, cuyas coincidencias fueron las razones que los llevaron a imitar a este grupo, el más popular de Buenos Aires: "trece campeonatos ganados, ubicación en la tribuna norte del estadio, similitud en sus cantos, sus integrantes piden plata para ingresar al escenario y se identifican con el azul" (Araujo, 1993).

La barra inició con 200 hinchas quienes ondeaban una bandera de tres bandas, azul-blanco-azul, de treinta metros de largo por 2,20 metros de ancho y millones de sueños plasmados en unos cuantos caracteres que decían: barra "C.A. # 13", acrecentando así el honor y la grandeza de un grupo dispuesto a hacer historia; la idea era copiar todo lo relacionado con la barra argentina. El grupo deseaba también incluir la mascota del equipo que resumiera los campeonatos conseguidos, las grandes proezas alcanzadas en Europa y la grandeza de sus figuras. Se identifican con la frase: "El sentimiento desborda la pasión", puesto que una de las exigencias de la barra es "morir con la camiseta puesta".

La barra fue creciendo y en cada partido fueron aumentando los subgrupos con peculiaridades distintas, entre ellos: Los Heavies, apasionados al "rock", visten chaquetas de cuero similares a los de grupos musicales. Los Punkies, con la indumentaria que los caracteriza, chaquetas de colores, taches, botas puntudas, pantalones tallados y pelo con puntas. Con el transcurrir del tiempo también se integraron Los Sharps, jóvenes de ideología ultraderechista. Estos subgrupos oscilaban entre 20 a 35 integrantes, posteriormente se aumentó el número. Los Comandos Azules los aceptaron porque no eran violentos, respetaban la filosofía y la ideología de la barra, participaban de todas las reuniones y hasta aportaban plata para la revista y los volantes.

El número de integrantes aumentó a 2.000 en menos de seis meses. La nube azul en el estadio se hacía cada vez más grande, el ímpetu de sus integrantes opacaba a la hinchada rival. El acceso a El Campín llenaba de desconcierto al común de la gente, pues la avalancha azul era casi arrolladora. Llegan en grupo al estadio; en los partidos sus cantos son ofensivos, silban a la policía, lanzan objetos a la cancha. Copian modelos de los hooligans (Inglaterra), de los tifosi (Italia), de los torcedores (Brasil) y de Boca Junior (barras bravas). Arriban a El Campín en grupo por el sector noroccidente. Sus integrantes se identifican con carné con fotografía, nombre, apellidos y número de socio.

Los Comandos Azules, además de exhibir la imagen del "El Che" Guevara, también lo hacen con Rodríguez Gacha, narcotraficante colombiano, de espíritu capitalista e ilegal. Actualmente, cuenta con 4.000 miembros, distribuidos en 29 parches, cada uno con un nombre, una organización y un líder propio, con un promedio de 63 integrantes por grupo, que suman en total 1810 carnetizados.

Dispositivo de seguridad: llegan las barras al estadio

Un cuerpo de carabineros montados, prestos a imponer el orden y hacer valer su autoridad con su sola presencia, se preparan en los cuatro puntos cardinales a las afueras del estadio; su función radica en hacer que el grupo se disgregue, puesto que el hincha sólo resulta ser inofensivo, por el contrario, aglomerados, practican aquello de que *"la unión hace la fuerza"*.

Uno de los principales problemas antes del inicio de cada partido es la requisita por parte de la policía a los

miembros de las barras, se hace una minuciosa revisión y como los mismos hinchas afirman *"es de tipo carcelario y no de un espectáculo deportivo"*. Tanquetas vigilan alrededor del estadio y al lado y lado de la carrera 30, su sola presencia resulta intimidadora, su labor es contrarrestar con gases lacrimógenos y agua la ofensiva de las barras.

De acuerdo con lo ordenado por la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Secretaría de Salud del Distrito, dos unidades móviles de la Cruz Roja, una, en el costado sur occidental del centro Comercial Galerías y otra en la calle 60 con carrera 24, permanecen durante el encuentro y hasta dos horas después de terminado, atentas a auxiliar algún herido producto de los desmanes generados.

Por lo general, se desplazan 1.500 efectivos cuando los partidos son de alto riesgo, de los cuales 1.000 se dedican al control del espectáculo y 500 encargados de vigilar el tránsito, ya que se suspende el tráfico por la calzada lenta de la carrera 30 aledaña al escenario. "Los agentes están atentos en los tres anillos de entrada al estadio para evitar el ingreso de armas y licor" (Berzoza, 2001); la seguridad se extiende 2 km a la redonda, además se dispone de un equipo de Bomberos, de la Defensa Civil, tanquetas y Unidad móvil. El dispositivo se monta desde tempranas horas y se realiza por todos los alrededores del escenario, incluyendo puentes peatonales, parqueaderos y vías cerradas. Una vez concluido el espectáculo futbolero, todo vuelve a la calma dos o tres horas después.

La percepción negativa hacia la policía de carabineros es generalizada entre los hinchas y los barristas entrevistados. Cabe advertir que el hecho de consignar parte del lenguaje violento utilizado por los informantes sobre este tema, como sobre otros, se debe a que es la única manera de hacer notar el grado de odio que se ha creado, como también de la intensidad de las emociones con que sienten las experiencias relatadas.

Se establecen tres filtros de acceso: el primer anillo cumple con una exhaustiva inspección a las hinchas que portan boleta y pretendan pasar las barras de seguridad ubicadas a 25 metros de las puertas de acceso al estadio. Esta labor preliminar la cumplen 200 agentes. El segundo anillo ubicado a 15 metros de las puertas de la zona externa al estadio está conformado por 350 efectivos que cumplen con una segunda requisita antes

del acceso al escenario. El ingreso a las graderías se ve interrumpido en las dos puertas de acceso a las tribunas por 250 uniformados, entre mujeres y hombres, cuya labor es realizar la tercera y última requisita. Se presenta la distribución estratégica de la fuerza pública para el control del acceso al estadio. En el interior los espera no solo el deleite de su espectáculo favorito sino además 600 policías, ubicados a lo largo de la malla principal interior que divide la cancha con la tribuna, para guardar el orden durante el ingreso, el desarrollo del partido y a la salida de las graderías. Además de los vigilantes plenamente identificados por sus uniformes, en las afueras y al interior del escenario, se distribuyen 100 agentes civiles, que se confunden con el común de la hinchada buscando desde el anonimato guardar el orden.

Los barristas que ingresan a observar el encuentro deportivo son despojados de elementos no permitidos. Las requisitas son minuciosas con el fin de impedir el ingreso al estadio de objetos peligrosos que puedan servir para alterar el orden público.

La hinchada se congrega alrededor de toda la parafernalia del estadio, las comparsas de la fiesta convierten el escenario y las calles en un inmenso teatro donde la comunidad es la espectadora. "Exhiben todas las simbologías para desplegar su imaginación y así construir los personajes y los escenarios, aunque el logro final está condicionado por su capacidad creadora y expresiva en la tribuna" (García, 1989).

Las dos hinchadas después de recorrer los alrededores del estadio, de reconocer sus territorios, de marcar sus espacios de sociabilidad y reunir el dinero suficiente para la boleta, se disponen a ingresar al templo sagrado del fútbol "El Campín", para ver a sus ídolos y a su equipo amado.

Dentro del estadio

El Campín, es el estadio de fútbol donde juegan Santa Fe y Millonarios, equipos profesionales de Bogotá y allí se reúnen las dos barras "La Guardia Albirroja" y "Los Comandos Azules", respectivamente. Este escenario tiene capacidad para 45.879 personas, con tres niveles enmarcados por un "esqueleto" de concreto de sucesivas "Vs" invertidas, que sostienen la baja, media y alta de la Tribuna Norte, pintada de azul con el escudo de Millonarios, sitio de Los Comandos Azules. Frente a ellos

está la Tribuna Sur, pintada de rojo con el escudo de Santa Fe, ubicación de La Guardia Albirroja.

Sus gradas tienen cerramiento con barrotes de acero y lámina para evitar enfrentamientos entre las barras e invasión de las mismas al campo de juego. En ellas es característico el entusiasmo y la lealtad de los fanáticos de Santa Fe y Millonarios, símbolo de identidad y de pertenencia de un escenario y una ciudad que viven y celebran sus victorias, sufren y lloran sus tristezas. El estadio cuenta con accesos y salidas, con ascensores y ramplas, tan ágiles como las boletas de los rojos y azules que "defienden" a su equipo y a la capital. Los camerinos y graderías son espacios cómodos y adecuados a las necesidades de los actores del espectáculo, sus tribunas tienen silletería para los espectadores más no para las barras bravas.

Esta mole de cemento se llena de sentimiento, de pasiones, de alegrías y de tristezas y podría decirse que hasta cobra vida. El Campín se erige como un templo donde se rinde tributo a un Dios, el Dios del hincha, de la pasión que está presto a recibir a sus visitantes abriendo sus puertas, las mismas que en días previos el aficionado soñaba traspasar. Pero ya es hora, el momento de la pasión, del reencuentro, del frenesí, de la cita con el mayor de los amores. La disyuntiva "buen fútbol o victoria" hace su aparición, para los fanáticos partidarios de su conjunto, el triunfo de este se halla por encima de cualquier cuestionamiento.

El éxito de su equipo se convierte para estos aficionados en un triunfo personal del que presumen en su tránsito por la ciudad, en su trabajo, en su ambiente familiar o entre sus amistades expresándolo con la "V" de la victoria.

Uno a uno los barristas van ingresando colmando todo a su paso de risas, estrechadas de mano, abrazos y sonar de tambores, símbolo importante para las barras mucho más que sus banderas y lienzos; indica a los hinchas sobre lo que hay que hacer durante el desarrollo de un partido, sin él no hay coordinación, pues con el tambor se ordenan las acciones: cuándo iniciar los cantos y gritos, cuándo cambiar el ritmo, cuándo saltar y cuándo ofender al contrario. Cuando se ingresa al estadio impacta con los primeros sonidos que retumban por todo el escenario, la barra entera se pone de pie, pues está haciendo un llamado a los suyos. Al finalizar el juego un numeroso grupo de fanáticos lo

acompaña hasta la sede del club cuidándolo de posibles agresiones o de robos, pues éste instrumento se reconoce como el corazón de la barra y la consigna es protegerlo antes, durante y después de los partidos porque es el trofeo más codiciado por el contrario.

Estos son elementos que se traducen en “el culto al poder”, además de esto, en el discurso de los cánticos, donde se extremiza la euforia con la victoria y en medio de un festejo exhibicionista aparece el descontrol de la hinchada. Se muestran a los vencidos la efectividad por la camiseta, los símbolos de la patria, de la ciudad, el regionalismo y la xenofobia; las acciones de la hinchada se tornan en machismo colectivo mediante actos grotescos, ofensivos, amenazantes y burlones, el fin es sobreponerse antes de iniciarse el partido.

La paz del recinto se ve profanada por la algarabía de quienes protagonizarán un capítulo más en la interminable historia de la pasión del fútbol. Como una avalancha, las graderías se van tornando de colores azul y rojo. El ensordecedor silencio se mitiga con las trompetas, los tambores y cánticos del hincha que toma su lugar y se aferra a él como al altar sagrado donde puede expresar con libertad su alegría y su devoción por el mayor de sus dioses, su equipo del alma.

Solidaridad en la tribuna

La cara pintada hace parte del espectáculo en la tribuna para expresar una cultura de vanguardia y un deseo reprimido. Sus rostros son pintados de rojo para simbolizar la bondad y de azul la maldad; presencia, dominio y guerra contra el enemigo (barras contrarias y policía). Evocan figuras guerreras, códigos y símbolos violentos. Restringen la pintura en un pómulo, dando a entender que no están satisfechos con el equipo o con un determinado jugador. Si se pintan el rostro con carbón o corcho quemado realizando rayas desordenadas y horizontales es manifestación de inconformismo por la campaña realizada por su equipo.

Los hinchas se arrinconan en su gradería con velas y santos armando un altar que viene siendo “*El todo poderoso del triunfo*”; “*la victoria del bien sobre el mal*”, se podría pensar en “*Dios frente al Diablo*”. Al entrar al estadio se agachan y santiguan, buscan el amparo del Señor para que los proteja de los goles y del ataque de la barra contraria. En este sentido no queda mal la ironía expresa por Galeano (1959): “Porque si Dios tuvie-

ra tiempo para ocuparse del fútbol, ¿Cuántos barristas quedarían vivos?”.

Estos colectivos organizan su resistencia donde se descubre en la esfera de lo simbólico la formulación de una comunicación global para ellos mismos y para sus antagonistas. Ese momento lo vive el fanático cuando con su lenguaje de la dominación quiere constreñir al enemigo con su expresividad, es allí donde los barristas que emergen del gran naufragio cultural ensayan a construir una nueva historia, un nuevo lenguaje, unos nuevos códigos de honor y de nuevos espacios. Para ellos el estadio es un lugar de encuentro, de verdadera comunicación entre parches donde prevalecen los valores de solidaridad, de tolerancia y de respeto, pero todo lo contrario ante el enemigo.

El hermetismo latente en las barras dejan de manifestar el odio y la desconfianza existente hacia personas, consideradas como infiltrados por no pertenecer oficialmente a su grupo, o ser de otra región del país, extranjero o simplemente no vestir el atuendo que lo identifique como uno de ellos. El sector del estadio delimitado con un color específico es un fortín, donde tan solo entra aquel que previamente es aceptado por poseer todas las exigencias que lo hacen digno de tal honor.

Son cientos que parecen uno, la solidaridad alcanza el máximo clímax, no perdonan la ofensa hacia algunos de sus miembros, lo que es con uno, es con todos, comparten cánticos, ritos, camisetas y hasta el mismo sorbo de agua. Se unen para exhibir la pancarta más grande, ondear banderas, mostrar caras pintadas, lucir el atuendo más vistoso, entonar los más dicientes y sonoros cánticos, lanzar las peores ofensas al equipo y a la hinchada rival, hacer estremecer el estadio con el retumbar de tambores y el chillar de trompetas, crear pánico con las luces de bengala, la sal de nitro, las antorchas y la pólvora, animar la fiesta con el papel picado y los extintores del color del oncenno.

Las barras con sus cánticos alegran las tribunas y estimulan a los jugadores poniendo un toque de fiesta y de carnaval futbolero. Los himnos, las bandas y los pitos, son la alegría de una barra en el estadio, que junto con las serpentinas y las bombas con sus múltiples colores, los pompones, la vestimenta y los juegos pirotécnicos, expresan un lenguaje semiótico de festividad colectiva y de complacencia popular.

Cada hinchada quiere presentar su escritura de propiedad, limitando una frontera muy demarcada "*ustedes allá y nosotros acá*". Su territorio es señalado con los emblemas del equipo y de la simbología de la barra, conforman columnas de cinco por doce de fondo con el ánimo de gritar, provocar e insultar al grupo contrario.

Como en todo festín cada quien busca obtener la mejor parte del pastel, que para la hinchada está en el estadio y en la gran ciudad. Lograr la mejor ubicación y extensión en las graderías significa ganar parte del botín propuesto, la conquista de El Campín, pues cada barra lo considera como suyo y esta propiedad debe hacerse sentir con presencia masiva, colorida y estruendosa.

La entrada del equipo al césped es coreada con gritos de apoyo, de movimientos, de aplausos y de ovaciones. El apoyo se entiende como un esfuerzo físico mediante el cual las dos barras juegan su propio partido en las graderías. Las tiras de telas azules y blancas para Millonarios, las tiras rojas y blancas para Santa Fe, se extienden a lo largo y ancho, utilizadas por algunos jóvenes para mantener el equilibrio encima del rompeolas y poder animar al equipo. Los integrantes de ambos grupos se quitan la camiseta durante el partido; esa desnudez del cuerpo puede ser entendida como "*pasión total y sin límites*". La salida de su divisa también forma parte de la imagen proyectada por la barra: rollos de papel picado, pólvora y polvo de nitro (mezcla de azufre y azúcar), humo (polvo químico) impulsado por extintores que expulsan el color azul o el rojo.

Las cábalas y objetos aparecen para intentar poner su destino a favor, se pisa cada escalón de la tribuna con el pie derecho, otros dando saltos en "pata de gallina". Observar un entierro significa la muerte del equipo contrario. Un espejo roto en la tribuna es señal de que se pierde por goleada. Dejarse mirar por un tuerto antes del partido significa que el árbitro los perjudicará. Darle tres besos a la medallita es signo de buena suerte. Ver sobre el estadio algún gallinazo es mala suerte. Mirar un auto con placa número 13 es recibir en contra un gol en "*el fatídico minuto 13*". Las supersticiones no paran ahí, ante la mala suerte hay que rezar: "*Haz que el portero Niño vea un cortejo fúnebre siempre que vaya en camino al estadio... Que Valenciano tenga que peñarse en un espejo roto. Te pedimos que al árbitro no lo mire un tuerto... Que Bonner vea en el cielo del estadio un gallinazo más negro que el árbitro...*".

En este ritual de salida se besan las camisetas, se escupe el "trapo" de la barra contraria y se cargan medallas religiosas. Las lágrimas y el sudor se hacen presentes, la fiesta religiosa se repite. Se acogen a su fe con furia y con desespero; entonan el himno de Bogotá con vehemencia como si su supervivencia dependiera de ello, como si fueran cánticos de guerra y de pasión, de vida y de muerte. La pertenencia a los barrios se expresa con sus emblemas, se acompañan de estandartes, de música y de voladores, se comprometen en el juego para realizarlo con honor y con valor, con fuerza y con ritmo.

El color del uniforme es único azul o rojo, banderas, trompetas y caras pintadas son motivo de provocación. Cuando su equipo sale del túnel (camerino), lanzan rollos de papel, estallan los totes, la pólvora de colores, las bengalas y el humo. Llaman por su nombre a sus ídolos, uno a uno. Durante unos minutos se trata solo de ellos, el pueblo y el Dios. El encuentro de la barra con su equipo es el momento más memorable del juego, mucho más que el gol. Simultáneamente, se intenta anular similares manifestaciones por parte del público rival. Se castiga al equipo contrario con una bronca descomunal, por lo general con silbatina, pitos e imprecaciones, pero al unísono las barras le rinden tributo a dos símbolos sagrados: al himno y a la bandera de su ciudad.

Al estandarte se le rinde honores, el círculo de insignias se ponen en lo más alto, en el centro está la bandera, es el momento de tributarle respeto. El pabellón ondea por las tribunas y el cuerpo fluye a la expectativa por las graderías, va al ritmo de las emociones que le ofrece el partido, todo es movimiento. Las tiras de telas azules y blancas se extienden a lo largo y ancho siendo utilizadas por algunos jóvenes para mantener el equilibrio encima del rompeolas y poder animar al equipo.

Las banderas ondean una frente a la otra, su extensión es expresión de poder. Los abanderados se miran a los ojos y cuando uno de ellos se cansa y deja caer el estandarte, el otro, con mirada acusadora y desafiante, encuentra en los parches de la barra su aprobación de levantarla y sostenerla en alto, cuando se cansan agotan su repertorio. Proceden entonces, a intercambiarla como fórmula que borra todas las diferencias entre sí y retornan a jugar cada uno con la del otro, exhibiéndola y colocándola en parte visible de un lugar determinado de la tribuna queriendo expresar que ese espacio tiene dueño.

Allí los personajes, hombres y mujeres se integran en una unidad, representan la máscara, salida del contexto ritual, donde tienen su real sentido, para demostrar su poder de super héroes cuyos objetivos son territorializar el espacio imaginario, vencer al enemigo, excluir a los infiltrados y odiar a la hinchada contraria" (Elías & Dunning, 1992).

CONCLUSIONES

En este estudio, se analizó el esquema y la composición general de la organización de cada barra. Se detectó imágenes, mensajes, propuestas de valores culturales y patrones de consumo generados por las formas de comunicación de los barristas. Se definió circuitos y redes de comunicación interactivas de La Guardia Albirroja y Los Comandos Azules de Santa Fe y Millonarios, respectivamente.

Las dos barras, La Guardia Albirroja de Santa Fe y Los Comandos Azules de Millonarios nacen de una subcultura juvenil, en donde lo que buscan es la pertenencia a un grupo determinado que comparten los mismos gustos y que tienen pensamientos radicales: nacionalismo, xenofobia, exaltación de la fuerza, virilidad agresiva, sentido del honor asociado con la capacidad de pelear y la demostración del más fuerte. Son grupos heterogéneos con ciertas características que identifican a todos sus miembros: gustos, comportamientos, comunicación y cultura. Son fluctuantes en número de componentes según las circunstancias, generalmente se integran en el movimiento por fanatismo, snobismo, ganas de diversión y por expresar violencia, solidaridad, amistad, pertenencia, poder y territorio.

Estas barras están conformadas por líderes, fanáticos que generalmente viven en el mismo sector de la ciudad, comparten el tiempo libre, el estudio, el sentido de dominio, de hermandad y el gusto por el fútbol. Reestructuran las marcas locales establecidas a partir de experiencias territoriales de arraigo en el espacio que habitan y mediante la participación en redes de comunicación deslocalizadas; construyen así nuevas identidades. Estos comportamientos reflejan una inconformidad hacia lo impuesto y junto a la moda, conforman una mezcla donde la diversidad de clases sociales agrupadas en las barras bravas desaparecen representándose como un grupo unido y fiel a su equipo que

escenifica el juego, dramatiza la derrota o la victoria. Así estos grupos construyen nuevos espacios urbanos en donde ponen en escena la producción y la circulación de lenguajes y nuevas identidades.

Las dos barras bravas se entremezclan entre heavies (apasionados por el rock duro), Rude boys (chicos malos), Niños pijos (ultraderechistas con emblemas y símbolos nazis), Punkies (indumentaria y terminología verbal agresiva), Neopunks (exhibición de lo feo y sin ideología clara), Kandys (libertad de pensamiento y de identidad), Skinheads (racistas y xenófobos), Chars (expresión de símbolos y emblemas nazis), universitarios y colegiales (rechazo a la dominación, al machismo y a las relaciones de poder).

En los recorridos de ambas barras se cruzaron puntos comunes como: la carrera 24 con 53, el puente peatonal de la 57, Ciudad Salitre y algunos límites simbólicos del sur como el centro, 20 de Julio y Bosa en el caso de La Guardia y Suba y norte por parte de Los Comandos.

Los territorios no están definidos por unos límites acordados y precisos, fijados cartográficamente. El estudio indicó que Teusaquillo, seguido muy de cerca por Barrios Unidos y Suba, entre otros, son los lugares más ocupados por Los Comandos Azules. A su vez, Puente Aranda es la localidad de mayor ocupación por parte de La Guardia Albirroja. Chapinero, Ciudad Bolívar, Rafael Uribe y Candelaria son compartidas por ambas barras. Por el contrario Sumapaz, Antonio Nariño y Mártires se consideran neutrales. Las zonas sur (oriente y occidente) al igual que el centro de Bogotá, son "dominios" de La Guardia Albirroja. La zona norte (oriente y occidente) la constituye los territorios apropiados y demarcados por Los Comandos Azules. Para estos barristas el territorio es su puente de interrelación, lo recrean, lo veneran, lo convierten en parte suya, lo viven como una conquista y la aventura de alcanzarlo como un desafío. Lo entienden como las huellas con que cada uno se va apropiando del lugar.

Los barristas se apropian de la metrópoli, la recorren, la exploran y dejan sus huellas, la conciben como suya, la luchan, la respetan y la aman, es su imaginario, es su sueño, son sus dueños. Las imágenes de la ciudad son múltiples y cada hinchista va armando simbólicamente su propio territorio de acuerdo con los recorridos y con los deseos que pueda realizar en estos espacios. El te-

territorio surge y se transforma según el fanático ejerza las acciones de denominar su espacio y recorrerlo. Es el lugar donde el barrista ordena su mundo. Es el contexto cultural en el que se desarrollan las caracterizaciones de cada actor. Para el caso de los barristas, sus territorios son los escenarios donde confluyen todos los anhelos, mitos, símbolos, conflictos, ideas y pasiones desatadas en un ámbito propio y privado.

Se tatúan como expresión de comunicación, de autonomía, de rango dentro de la barra, de prestigio ante los enemigos y de pertenencia al grupo. Por romper con lo social y lo programado, lo consideran un símbolo de duelo, una marca indeleble con figuras como gárgolas, monstruos, tribales, cintillas y cenefas, imitando culturas antiguas, que además de la función ornamental, identifica al sujeto que lo porta como fuerte y corpulento. El espacio preferido por las mujeres para tatuarse es la cadera, el pecho, la espalda y los tobillos; los hombres el antebrazo o la espalda, con figuras de El Che Guevara, los escudos de Santa Fe, Millonarios y de Bogotá.

La pintura en la cara identifica, incluye y excluye al mismo tiempo, acepta en un bando y rechaza al otro, la pintura generalmente evoca figuras guerreras, códigos y símbolos violentos, es una de las manifestaciones más arraigadas del carácter bélico. La guerra simbólica dentro del fútbol, se muestra como formas liberadoras de tensiones que explotan mediante el conflicto, generalmente de forma simbolizadas: insultos, miradas feas, mensajes escritos y otras manifestaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ARAUJO, F. 1993. Momentos trágicos del deporte. 1.ed. Editorial Voluntad, Bogotá.
- BERZOZA, R. 2001. De jóvenes y tribus urbanas. Revista Religión y Cultura. Colombia. Vol 43. No. 20, p. 41-45.
- GALEANO, E. 1995. El Fútbol a sol y sombra. Segunda ed. Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- NIÑO, J. 1998. Fútbol, Goles y Girasoles. Editorial Anagrama, Barcelona.
- DÍAZ GRANADOS, F. 1998. Cuentos del Fútbol. Ed. Alianza. Madrid. España.
- ELÍAS, N.; DUNNING, E. 1992. Deporte y Ocio en el proceso de la civilización. Fondo de Cultura Económica. México
- GARCÍA CANCLINE, N. 1989. Culturas Híbridas. Editorial Grijalbo, México.
- SABRALI, J. J. 1.998. La Era del Fútbol. Buenos Aires, ED. Sudamericana. Santa Fe de Bogotá.
- VINNAI, G. 1998. Fútbol como ideología. Siglo XXI.
- WAHL, A. 1999. "Historia del Fútbol, del Juego al Deporte". Barcelona. Editorial EPABA.

Recibido: Noviembre 5 de 2003

Aceptado: Abril 30 de 2004